

Y cada «mejor» íbalo diciendo en voz más alta hasta que al último se convirtió en un chillido agudísimo.

—Aquí hay algún error y... —empezó Alicia, pero la reina daba tales gritos que tuvo que interrumpirse.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —gritaba la reina sacudiendo la mano como si quisiera desprenderse de ella—. ¡El dedo me sangra! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Los chillidos eran idénticos al pito de un tren y Alicia tuvo que taparse los oídos con ambas manos.

—¿Qué pasa? —preguntó a la reina en cuanto tuvo la oportunidad de ser oída—. ¿Te has pinchado el dedo?

—¡Aún no! —gritaba la reina—. ¡Pero no tardaré en pinchármelo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

—¿Y cuándo te lo vas a pinchar? —preguntóle Alicia, conteniendo la risa.

—Cuando me abroche otra vez el chal —gemía la pobre reina—. ¡El broche se abrirá en seguida! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

En esto se le desprendió el chal y procedió presurosa a prendérselo de nuevo.

—¡Cuidado, ten cuidado! —exclamó Alicia—. Te lo pones mal.

E iba a ayudarla, pero era tarde. El alfiler resbaló y fué a clavarse en el dedo de la reina.

—Esto explica el que me sangrara antes —díjole ésta a Alicia con una sonrisa. ¡Ahora comprenderás cómo suceden aquí las cosas!

—¿Y por qué no gritas ahora? —preguntó Alicia levantando las manos para taparse los oídos.

—Porque ya grité antes todo lo que tenía que gritar —respondió la reina—. ¿Cuál sería la ventaja de hacerlo otra vez?

En estos momentos el cielo se empezaba a aclarar.

—Me parece que el cuervo se ha marchado ya —dijo



...¿era eso que estaba sentado detrás